

ria presentan varios ejemplos, en cuyos casos se concibe la triste idea de sortear para inmolar una víctima al hambre de los otros. Esta idea homicida estaba pintada en todos los semblantes y miradas; sin embargo ninguno se atrevia á proferirla.

Una tarde se hallaban reunidos los tres naufragos del „Comercio” sobre el alcázar de atras y uno de ellos llamado Lachan se levantó apresuradamente y se dirigió al castro de los marineros del „Formidable.”

„Amigos míos, les dijo, con voz débil, cuando me hallasteis en medio del oceano estaba „destinado á morir, vosotros fuisteis mis libertadores, os ofrezco mi vida para prolongar „la vuestra algunos dias; no tengo parientes ni „familia y así me entrego sin temor á la muerte; la suerte podria tocar á otro que abandonaria á sus hijos y á su cara madre... vale „mas que voluntariamente sacrifique mi existencia... Mis últimas plegarias serán dirigidas al Todopoderoso por vosotros. ¡Plegue „al cielo cese la calma que os detiene y podais „abordar á alguna playa donde encontrareis „socorro!” Esta proposicion fué escuchada con horror; mientras mas generosa y sublime parecia, mas vacilaban en aceptarla; ninguno osaba proferir una palabra; la humanidad, la moral y la razon conservaban aun en los corazones

un imperio, que aunque débil, se sobreponia al del hambre. Las sensaciones que agitaban á los marineros del „Formidable” eran de aquellos que son indefinibles si no se han experimentado, y muy pocos de los que han pasado por estas crueles pruebas, han sobrevivido para relatar sus padecimientos.

Un marinero flaco y macilento que roia en un rincon un pedazo de cuero hizo esfuerzos y se medio levantó, agarró una hacha se arrastró hasta cerca de Lachan y le descargó tal golpe que le derribó á sus piés. No procuraré describir la espantosa escena que sucedió; cuando se lea la relacion del naufragio de la „Medusa” se encontrarán pormenores análogos á los que aquí suprimo; mi único objeto es hacer ver hasta que punto puede llegar la abnegacion de si mismo. En mi concepto ningun acto heroico es comparable al de este marino oscuro, que dió su vida por salvar la de sus compañeros.

La misma noche sopló el viento y á otro dia desembarcaron en las Azores, donde la tripulacion olvidó sus fatigas y sus tormentos. De manera que un solo dia hubiera salvado al desdichado Lachan y evitado á los marineros, un crimen que su misma situacion no puede disculpar.

T. por L. M.

SAN VICENTE DE PAUL.



QUIEN lea con atencion la vida de S. Vicente de Paul, luego se persuadirá de que Dios mandó á este gran santo á la tierra para cumplir en aquellos tiempos con altos designios en la Iglesia y ejercer un poderoso influjo en los venideros. A los ojos de los fieles se presenta como un fenómeno en el orden de la gracia, que da testimonio de la accion constante del Autor de la religion, quien la hace triunfar en las luchas que sostiene contra las

pasiones humanas, quien la consuela en medio de las tribulaciones que padece, quien repara para las pérdidas que tiene, quien convierte el sangre de sus mártires en fecunda semilla de cristianos, quien la mantiene en medio de las catástrofes y trastornos del mundo, inmóvil siempre en el seno de las tempestades, siempre poderosa para curar las heridas del cuerpo social, siempre fecunda para multiplicar sus beneficios en la tierra y sus elegidos en el cielo.

Hace ya cerca de dos siglos que terminó S. Vicente su larga carrera de buenas obras por

ra ir á recibir en el cielo la corona inmortal debida á sus méritos, y su memoria está tan presente, que parece que murió ayer. De un polo al otro se pronuncia su nombre con veneracion; en todas partes son sus obras conocidas, y solamente el recuerdo de su vida, despierta dulces emociones en el corazon. Todos los proyectos que tienen por objeto el alivio de la miseria, buscan el patrocinio de S. Vicente, y para interesar las almas cristianas en favor de la indigencia se apropian sus sentimientos, toman sus palabras y citan su ejemplo. Rara vez se lee dos veces la vida de otro santo, pero la de S. Vicente de Paul se lee y vuelve á leer con mas gusto; porque gusta el espíritu de meditar el misterio de la gracia divina que se obró en él; de contemplar la profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduria de Dios, que presentan las maravillas que obró el Señor tomándolo por instrumento. Si el corazon del lector llega á penetrar en el hermoso, noble y grande de S. Vicente de Paul, sentirá que se dilata, se enciende, se abre á las tiernas emociones de la caridad; y cuando se recorren todas las circunstancias de su vida, nadie es dueño de dejar de apropiarse algo de la celestial alma del santo. Y luego queda un no sé qué, que anima á seguir la virtud y mejorar de conducta.

Con mucha elocuencia nos dice la vida de este gran santo que Dios es admirable en sus santos; y tambien nos demuestra cuán diversas son las obras de la religion de las obras humanas. ¿Quién es S. Vicente de Paul á los ojos de los hombres? Un gran genio que supo concebir grandiosos proyectos para el bien de la humanidad, y que supo tambien procurar medios poderosos para realizarlos: un genio extraordinario, dotado de sentimientos elevados y sublimes ideas que ha inmortalizado su nombre, repartiendo inmensos beneficios por todo el mundo. Pero de este modo, esto es, reduciéndolo á las proporciones, aun cuando sean las mas perfectas, del espíritu humano, se hace pequeño á este grande hombre y se le quita á su vida todo el atractivo y la fuerza que tiene para el corazon; y si la religion ha elevado en sus altares á S. Vicente de Paul, es porque mira en él algo mas que un hombre privilegiado por la naturaleza; pues ve una obra maestra de la gracia, un instrumento de la Providencia divina que se declara el consuelo de los afligidos, la proteccion de la viuda y del huérfano, y que vela incessantemente por el alivio del pobre y del necesitado. Mira en él la religion un hombre extraordinario, destinado á obrar ma-

Tom. II.

ravillosas acciones, pero sin recibir mas inspiraciones que las del cielo y sin mas poder que el de la gracia; un hombre que no derrama en la tierra sino los beneficios que saca de los tesoros de la bondad de Dios, y que camina por la carrera de sus buenas obras conducido por la mano de aquel que formó su corazon y lo dotó de sentimientos de compasion y misericordia.

Hay otra cosa mas en él, y es el prodigio mas edificante y mas admirable de su vida, y el prodigio de la humildad cristiana: para que desempeñe su alta mision es preciso que el poder humano sea nulo en él. En los designios del Señor va creciendo á medida que se cree mas pequeño, y obra grandes cosas cuando se juzga incapaz de hacer el mas pequeño beneficio: cuando se oculta á la vista del mundo y se esconde en un oscuro rincon, entonces se hace el objeto de la admiracion y del reconocimiento de los pueblos. En esta conducta está el secreto de cómo es un hombre de Dios á propósito para toda obra buena. Desde el momento en que las ideas del mundo dejan de ejercer un imperio en su espíritu, se hace instrumento digno de la divina Sabiduria; y en cierto modo la Providencia se identifica con él, y forma con él un todo, porque es seguro que no le arrebatará la gloria de sus obras. Sigámoslo en la larga y brillante carrera que recorre: ninguna maravilla obró S. Vicente, ni aun tan solo tiene el pensamiento de obrarla: los lugares en donde trata de esconderse son precisamente el teatro, en donde contra su prevision va á manifestarse mas su virtud; las ocasiones de hacer un bien se presentan por si solas, y tales son las circunstancias, que aun cuando el deseara evitarlas no le es posible; teme llamar la atencion de los hombres, procura que otros hagan las obras que se le presentan, pero á su pesar se ve obligado á realizarlas. Admira todo el mundo la caridad ilimitada que derrama su corazon, las empresas gigantescas que salen de sus manos y solo él no puede explicar la causa de esta admiracion; asómbrale el que otros se admiren y asegura ingenuamente que no ha tenido ni la idea de hacer lo que se le atribuye. ¡Cuán superior es todo esto á los pensamientos humanos!

Bello cuadro presenta á la meditacion del cristiano la obra de Dios en este gran santo; vese con ternura que la Divina Providencia va á buscar el instrumento de sus maravillas, no entre los poderosos y sabios del siglo, sino en la oscuridad, en la pobre cabaña de un miserable labrador; prepara en secreto su corazon

para la mision sublime que se le ha de confiar, dispone á su derredor las circunstancias propias para cumplir sus designios, y lo lleva como de la mano, sin que él lo conozca, por toda la carrera que ha de andar para gloria de Dios y felicidad de los pueblos. ¡Cuán hermoso es meditar la obra de Dios en este hombre pobre, desconocido de los hombres, sin fortuna y sin esplendor, y que poco á poco llega á ser en la escena del mundo un hombre extraordinario, cuya memoria pasará á la mas remota posteridad, y será en toda la tierra venerada! Su alma crece á la par de su cuerpo, *avanza en edad y prudencia*, su corazon se dilata gradualmente con el fuego precioso de la caridad que debe consumirlo toda su vida. Educado en la escuela de la gracia y guiado por sus luces, se le ve ensayar las fuerzas de su zelo, estender insensiblemente el círculo de sus buenas obras, y saltar en poco tiempo los limites de la Francia y abrazar en cierto modo todos los lugares, con la estension de su caridad y todos los tiempos con su duracion: es semejante á un río cuyas aguas toman origen en un oculto hueco de un peñasco, fertiliza en sus vueltas los lugares en donde nace, atraviesa despues los limites de los imperios y lleva fuego á climas lejanos la fertilidad de sus aguas.

Es la vida de este gran santo el mas asombroso prodigio de los que obra en el mundo la religion y el mas inesplicable para el espíritu humano. Un pobre sacerdote, que nació en una choza situada en un rincon de la provincia mas inculta é ignorada de Francia, cuyos primeros años los pasa en bajas ocupaciones, que no puede alegar ni su nacimiento ni su fortuna, ni la proteccion de los grandes: sin mas recursos que los sublimes sentimientos de su corazon; sin mas amigos que los desgraciados; sin mas tesoro que la caridad pública este pobre sacerdote, cada paso que da en la carrera de la vida va marcado con una maravilla, y llega á tener tal influjo en su siglo, que cambia el estado de la Iglesia y de la sociedad en toda la Francia, y se estiende luego á toda la Europa y á todos los puntos del universo. Por su virtud es llamado al palacio de los reyes para bendecir los últimos instantes de un hijo de S. Luis; por ella entra en el famoso consejo de conciencia que tenia en sus manos los destinos de la Iglesia de Francia, y llega á subyugar de tal modo á todos los miembros, que sin su consentimiento especial no es posible ninguna promocion al episcopado, y así quedó ya cerrado el santuario de las dignidades eclesiásticas á

la intriga y al favor, pues solo el mérito es el título que allí tiene lugar: desde entonces se ven elevados á la silla episcopal, en todos los puntos de la Francia, santos pontífices que miran solamente en el augustó carácter que los reviste la obligacion de dedicarse enteramente á la gloria de Dios y al consuelo, á la felicidad, á la salud de los pueblos que han confiado en su vigilancia. Desde esta época, semejante al sol cuyos rayos benéficos llevan el calor y la vida á todos los objetos de la naturaleza, desde las gradas del trono en donde su virtud colocó comunica la llama de su alma, reanima el espíritu del sacerdocio y el zelo de la casa de Dios, hasta los últimos grados de la gerarquía eclesiástica, y prepara á la Iglesia de Francia el siglo hermoso que por siempre será de gloriosa memoria. Siéntese en todas partes su influjo y en todo lugar se abre una nueva era á la religion por sus afanes ó por sus consejos: en todas las diócesis se abren como por encanto los seminarios, esos asilos sagrados de la inocencia y de la piedad, en donde bajo la sombra de los altares van los levitas á instruirse en las augustas funciones que han de desempeñar, y que se hacen la fuente en donde beben la ciencia y la virtud que caracteriza al clero de Francia: levántanse por todas partes casas de retiro para que en la soledad y meditacion se preparen los discípulos del santuario para recibir los órdenes sagrados, y en donde de los operarios del Evangelio van á descansar de las fatigas del ministerio, á restaurar sus fuerzas y templar de nuevo su zelo por la gloria de Dios y la salud de los pueblos. A S. Vicente de Paul se debe el primer establecimiento de esos retiros que mantienen tan admirablemente la pureza y fervor del espíritu sacerdotal, que atraen á tantos pecadores al camino de la virtud; y que han servido y sirven aún de tanto consuelo á la Iglesia no solo de Francia sino de todos los puntos del universo. Véase esa numerosa tropa de misioneros que se dispersan por todas las aldeas y lugares pequeños, disipando la ignorancia, despertando la fe, estirpando los vicios y la corrupcion, sembrando la virtud en todos los corazones, y es una palabra, regenerando los pueblos, restableciendo las prácticas santas de la religion y renovando el aspecto de todas las provincias: ¿quién los envia, los conduce y los dirige? S. Vicente de Paul. Unas veces, cual otro Josué se pone á la cabeza de ellos para animarlos y tener parte en sus trabajos evangélicos; otras como Moisés, levanta sus manos al cielo mientras que ellos combaten en el campo. Los se-

minarios regeneran y perpetúan el sacerdocio, los retiros y las misiones restablecen las buenas costumbres y la piedad en los pueblos; toda la Francia toma un nuevo aspecto por el zelo de un pobre sacerdote, de S. Vicente Paul. La fama de los prodigios que obra en el órden de la gracia se estiende á lo mas remoto; parece que su alma se multiplica; hace su influjo que por todas partes se levanten hombres de Dios, que con el impulso de su espíritu obran y se quieren asociar á la mision que tiene que desempeñar con el fin de aumentar sus beneficios. La Polonia, la Italia, las Islas Hébridias, el Africa, Madagascar, participan del ardor de su zelo: Roma también siente sus efectos saludables, llama á su seno á los sacerdotes que se formaron en su escuela y quiere tener las instituciones que fundó en Francia.

Penetrá esta poderosa accion de S. Vicente de Paul hasta las entrañas del cuerpo social para sondear y curar todas sus heridas, y la ardiente caridad que Dios infundió en su corazon y con la que lo hizo un instrumento digno de sus misericordias y de su gracia no se limita á regenerar las almas en la fe, sino que abraza todas las miserias humanas para aliviarlas. Y su vida se presenta en este punto como una serie no interrumpida de prodigios, y en esto aparece *la profundidad de las riquezas y de la ciencia de Dios*, de quien es ministro. El galeote que ruge con las cadenas que le han forjado sus crímenes y el huérfano modesto espuesto al doble riesgo de la deshonra y del hambre; el niño espósito (1) y el viejo agobiado de años y miserias; el demente errando en un oscuro rincon; el noble arruinado y el artesano sin trabajo y sin pan; el soldado herido en el campo de batalla y el enfermo pos-

trado en el lecho del dolor; en fin, todos los desgraciados son el objeto de sus afanes, todos son segun su bella expresion, *su peso y su dolor*. Cuando los desastres de que la Lorena fué el teatro, hicieron huir hácia él pueblos enteros reducidos á la mas espantosa indigencia; cuando la persecucion de Escocia y de Irlanda, obligó á una multitud de víctimas á atravesar los mares para pedirle socorro y proteccion; cuando la peste, la guerra y la hambre desolaban una tras otra las provincias mas hermosas de Francia, y llevan á todas partes el pillage, la consternacion y la muerte: este pobre sacerdote, que nada tiene, es bastante para aliviar las miserias, para consolar á todos los desgraciados y para socorrer todas las necesidades. ¡Oh cuán bellas son las páginas de la historia de nuestra religion, en que se manifiesta á S. Vicente de Paul en medio de tantos desastres y de tantas ruinas, luchando con perseverancia contra los esfuerzos del ángel exterminador que derramaba por todas partes el cáliz de la amargura y del dolor! ¡Cuán grande y admirable nos lo presentan en los prodigios que hizo para socorrer á los pobres, llevando en su corazon el genio de la caridad divina, y asemejándose á una benéfica nube que por todas partes por donde pasa derrama abundantemente los socorros y el consuelo! Parece á un gran depósito que por mil canales transmite á todas las almas abatidas el frescor y la vida; es el hombre de la Providencia que comunica su compasion y su misericordia á todo el que lo rodea y todo lo que se le acerca. Quien lo formó á propósito para ser padre de los pobres, excita por medio de él en todas las almas generosas una sed ardiente de obras buenas. ¡Qué bello espectáculo nos presenta el poder de este santo sacerdote que enternece á todas las almas, que saca de todos los tesoros, que pone en movimiento á todo Paris, que se atrae á la carrera de las buenas obras á los hombres mas ilustres de la época, que con el ascendiente de sus virtudes obliga, por decirlo así, á que se derrame en el seno de los pobres la abundancia de los ricos! Es á la vez la serpiente de bronce puesta en el desierto, á la cual mirando todos los desgraciados encuentran alivio, y el centro en donde se reunen todos los rayos de caridad que saltan de todos los corazones. Estiéndase la vista por todos los puntos de Francia y véase la llama de caridad que brilla por todas partes; admírense esos magníficos palacios abiertos en Paris á todas las miserias, frutos todos del zelo y actividad de S. Vicente Paul; véase á todas las provincias animadas con su

[1] Capefigue, autor de un excelente compendio de la vida de S. Vicente de Paul, al hablar de la caridad de este santo para con los niños espósitos, dice: „Tengo á la vista un librito redactado por estas caritativas mugeres [las Hermanas de la Caridad] que estaban encargadas del cuidado de los espósitos: este librito es una especie de relacion de los viajes nocturnos que hacia S. Vicente de Paul en la ciudad de Paris, para recoger á los niños abandonados, y un verdadero diario del establecimiento sostenido por los cuidados de las señoras del Hospicio.

„22 de enero. Ha llegado el Sor. Vicente como á las once de la noche: nos ha traído dos niños, uno parece que tiene seis dias de nacido; el otro es un poco mas grande: estaban llorando las pobres criaturas. La superiora les ha puesto nodrizas.

„25 de enero. Las calles están cubiertas de nieve. Estamos aguardando al Sor. Vicente etc.”

ejemplo, movidas con sus exhortaciones, haciéndose émulas de la capital y reproduciendo las maravillosas instituciones que en el seno de ella ha levantado. ¿No es cierto que parece que el fuego de su alma hace brotar prodigios por todas partes? ¿No es cierto que datan de su época todos los establecimientos benéficos que tiene la Francia y otras muchas naciones, y que son tesoros abiertos siempre á todas las necesidades humanas, esas sociedades de obras buenas que se han multiplicado tanto y que bajo diferentes formas conocen y socorren toda miseria; esas oficinas de caridad, esas congregaciones hospitalarias cuyas generaciones incesantemente se reproducen y siempre en mayor número, siempre mas afanosas por el alivio de la humanidad doliente y que son el honor y la gloria de la Iglesia de Francia?

Parece pues que la historia de la vida de S. Vicente de Paul, debe identificarse en adelante con la del mundo cristiano, y no debe acabar sino con ella. Al dejar la tierra dejó en ella la actividad de su alma y la llama de su corazón. Sobreviven raras veces al hombre sus obras, y si conservan algun resto de existencia, es como soplo que continuamente se debilita y pronto se disipa: como un edificio levantado en la arena, al que deteriora la lluvia, sacude el curso de los años, y destruye el viento y la tempestad. Mas son al contrario las obras de la religion, porque son obras del mismo Dios; los santos son los instrumentos de que se vale para producir las y ellas participan de su inmutabilidad; son como la casa construida sobre la roca, á la que consolida mas el tiempo y las intemperies de las estaciones; como el árbol agitado por el huracan que solo se dobla á su impetu para echar raíces mas profundas. Mirase grabado ese carácter de inmutabilidad en todas las instituciones de S. Vicente de Paul; aun vive en medio de nosotros como vivía hace dos siglos, y en vez de perder la fecundidad con el curso de los años, su caridad parece mas activa cada día y su influjo mas poderoso; aun permanecen en pié los establecimientos que abrió á la humanidad afligida, y han sobrevivido á todos los trastornos, á todas las catástrofes que han trasformado el orden social. La segur de la revolucion ha destruido todo en Francia, pero no ha podido atacar las instituciones de S. Vicente de Paul; y si esta nacion en el siglo XIX en nada se parece á la de su siglo, es sin embargo enteramente la misma en cuanto á la accion de la caridad que entonces puso en movimiento. Puede decirse que

el espíritu de este santo ha sobrenadado en el diluvio de las calamidades que han afligido á la Francia, como el espíritu de Dios *era llevado sobre las aguas del caos*; y al quitar las ruinas que cubrian el suelo de esta desgraciada nacion, para colocar de nuevo los cimientos de la sociedad, se han encontrado en pié todas las obras del pobre sacerdote, llenas de su vida primitiva y de nuevo vigor. Hasta hoy permanecian todavia los niños espósitos la leche de la caridad cristiana, y luego que su lengüecilla se desata pronuncia y bendice el nombre de S. Vicente de Paul; subsiste todavia, á pesar de las miserias de los tiempos y de los obstáculos que pone la impiedad á su desarrollo, subsiste este instituto admirable, gloria inalienable de la religion; todavia los viejos y los huérfanos, los enfermos y los indigentes estan en posesion de los asilos que le abrió y reciben la misma asistencia que por sus cuidados recibian; su caridad que comunicó á tantas almas generosas, nada ha perdido de su fuego y su influencia sobre los corazones es hoy tan poderosa como lo era en los dias hermosos de su vida. Han querido algunos, por odio á la religion, substituir la palabra beneficencia á la caridad cristiana, pero hasta estos sin saberlo participan de la llama de amor á los pobres que dejó ardiendo en el suelo de Francia. Véanse los edificios que estos han querido levantar: no son mas que una pálida y mezquina imitacion de los prodigios que obró; nada nuevo han hecho en esto, y todo lo que hacen es simulacro sin vida de la caridad cristiana, así como el culto de la heregia es frio recuerdo de la fe; y todavia mas: su beneficencia es el débil resto que se halla en sus almas del movimiento que imprimió S. Vicente de Paul á toda la sociedad en favor de la humanidad afligida.

Hizo á las Hermanas de la Caridad herederas de su amor á los pobres y depositarias de su gran corazón, y ellas mantienen, perpetúan y desarrollan mas que nunca hoy las obras que les encomendó: mas numerosas que en su siglo hoy, encuentran muy limitado el suelo de Francia para la extension de su caridad; Polonia tiene un gran número; Italia, España y otros paises admiran su ingeniosa caridad y aprecian sus sacrificios y su dedicacion. La congregacion de los misioneros de quienes ha sido y es el padre, sin haber tenido ni aun la idea de serlo, segun él mismo lo confiesa con admirable sencillez, ha conservado el fuego sagrado de su espíritu y de su zelo; perpetúa su ministerio apostólico y extiende sus beneficios hasta los confines del mundo. Mirase el día

de hoy á un crecido número de estos sacerdotes evangelizando un inmenso terreno de la China, entrando en los desiertos de la Tartaria, siguiendo la errante carrera de los pueblos salvajes que la habitan; miranse dispersos en todos los puntos de la vasta Turquía, sosteniendo la fe en los pueblos católicos que gimen bajo el cruel dominio del Creyente trayendo á la Iglesia los muchos heréticos del Oriente, moviendo y convirtiendo á los infieles: miranse alentados por un heroico valor instruir en su salud á los salvajes de América, acrecentar el rebaño de Jesucristo y poblar el cielo de una multitud de bienaventurados que por siempre bendecirán el nombre de S. Vicente de Paul.

Podemos pues decir con mucha verdad que S. Vicente de Paul vive siempre entre nosotros; la mision que tuvo que desempeñar en la tierra no terminó con su último suspiro; continúa aún y desenvuelve las obras que fué llamado á levantar y ejerce todavia su influencia saludable y poderosa sobre todo el mundo; agreguemos tambien para consuelo de la Iglesia de Dios que vivirá y desempeñará sus funciones hasta el fin de los tiempos. Parece que la Providencia lo envió al mundo para que fuese siempre una prueba visible de la Divinidad de la santa religion que formó su corazón y le inspiró sus admirables proyectos. Escapa todo lo que le pertenece hasta de la censura del mundo, y no hay en toda su vida una sola circunstancia que dé ocasion á los ataques de la impiedad. Admirarlo contra su voluntad los enemigos de la religion, pronuncian su nombre con respeto, y lo que únicamente sienten amargamente es no poderlo borrar del catálogo de los santos para escribir su nombre en la lista de sus hombres filantrópicos.

Será como ha sido siempre el mas perfecto modelo tanto del sacerdote como del simple fiel; por que en él se encuentran reunidas las dos vidas que forman la perfeccion evangelica: la vida de Marta y la vida de Maria: la union de la piedad mas sublime y verdadera con la mas ardiente accion de la caridad. Encuéntrese en él con particularidad el principio de toda grandeza, de toda virtud á los ojos de la fe, el resumen de toda la religion, el divino secreto de obrar maravillas y hacerse digno instrumento en las manos de Dios: esto es, una profunda humildad. Debemos decirlo: no es de admirar que la Providencia obre prodigios de toda clase por el ministerio de un pobre sacerdote: conocemos su infinito poder, su inefable bondad; pero lo que si es admirable, lo que confunde al espíritu del mundo, lo que es

carácter inalienable de la religion, es ver que este pobre sacerdote ignora los prodigios que obra; que su mano izquierda no sienta los prodigios de caridad que hace su mano derecha; que cuando en todas partes es elogiado, cuando todos le llaman padre de los pobres, salvador de la Francia, él se considera como *el mas miserable de los hombres* y como *que no ha ganado el pan que come*. ¡Qué bello es encontrar reunidos á un mismo tiempo destinos tan grandes y tan profunda abnegacion de si mismo! ¡qué pureza en sus miras! ¡qué rectitud de intenciones! ¡Cuán agradable es meditar su interior! en él todo está muerto para la naturaleza, porque todo es inspirado por la humildad. No se miran en él esa reflexion del amor propio, ni esa vana satisfaccion de si mismo que con frecuencia desfiguran las virtudes en apariencia mas perfectas; ni se ve esa mezcla de pensamientos humanos y pensamientos divinos cuyo único resultado es confundir todos los sentimientos del alma y dar al vicio el nombre de virtud, que confunde el orgullo con la firmeza, la debilidad con la dulzura, la voluntad humillacion con el envilecimiento de la autoridad, la madurez de la prudencia con la falta de energia, y los desvarios de una ardiente imaginacion con el zelo y el fervor. En ese interior no se ve tampoco la agitacion de una delicadeza ultrajada, ni el abatimiento de una esperanza engañada, ni la rebeldia de una sensibilidad irritada, ni la amargura de un zelo inconsiderado. Su interior es un corazón tranquilo y pacífico que posee la unción y la paz de la humildad: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris*.

Este es pues el principio que da origen á todas las obras que emprende y perfecciona; y parece que se complace Dios en revestirlo de su omnipotencia, en confiarle el tesoro de su riqueza y en revelar le los secretos de su Providencia. Agreguemos tambien que S. Vicente de Paul nos manifiesta en su misma persona el fiel cumplimiento de la promesa del Evangelio: á los ojos de Dios y de los hombres hoy es admirablemente exaltado, porque admirablemente se humilló: *Qui se humiliat exaltabitur*.

No puede el mundo comprender este misterio; la ciencia humana jamas producirá una maravilla como esta: pero el fiel, dócil á las doctrinas de la fe y á las inspiraciones de la gracia, podrá sacar de esto una saludable instruccion que santificará su conducta, y que, practicando las virtudes de este gran santo, lo hará digno de tomar parte en sus obras.